

SUD-AMERICA

REVISTA CIENTIFICA I LITERARIA

SANTIAGO, JULIO 25 DE 1873

LIJERAS OBSERVACIONES

SOBRE LA EDUCACION DE LA MUJER

(Lectura dada en la Academia de Bellas Letras)

Sr. D. Eujenio M. Hostos

Señor:

I

He leído con estudiosa atención su hermoso discurso i su interesante programa sobre la educacion de la mujer. Con igual estudio he escuchado su palabra en la discusion que en esta Academia ha suscitado el desarrollo de ese tema. Todo ello me ha sujerido algunas observaciones, que deseo esponerle, mas que como una refutacion, como un apoyo a la base jeneral.

Antes de todo, debo decirle que no pienso del mismo modo que Ud. en la materia. I he necesitado un grande esfuerzo sobre mí mismo para no verme arrastrado i casi convencido por las bellezas de su estilo. Me he dejado guiar dulcemente por su elocuencia, creo haber dado un paseo por un prado de perfumadas flores i de aguas murmurantes; pero me he esforzado por descender de las nubes a donde su imaginacion me habia exaltado, i he conseguido volver al mundo i a la vida positiva.

He visto tambien que su idea ha sido jeneralmente aceptada en esta sociedad, la he oido discutir con caloroso interes, i esto

Aunque él no ignora
 Mi honda afliccion:
 Pocas palabras
 Solo le digo;
 Dale conmigo
 Tu bendiccion:

I si es lei tuya
 Que sufra el hombre,
 ¿Qué importa el nombre,
 Señor, a tí?
 Dame a mí sola
 Todas sus penas,
 I horas serenas,
 Dale por mí.

ROSARIO ORREGO DE URIBE

Valparaiso, julio de 1873

V I J E S I M O S I G L O

ALTA MAR

(Lectura hecha en la Academia de Bellas Letras)

T
 El abismo: se ignora
 algo de tremebundo
 que ruje; el viento; vasta como el mundo
 la oscuridad; olas dó quier; dó quiera
 a donde puede penetrar la vista,
 ráfaga que ir, venir, pasar se avista;
 la onda sudario; el cielo
 de sepulcro abertura;
 sin la arca las tinieblas, la paloma
 sin el agua; las nubes la figura
 teniendo de una selva. No podria
 espresar, un espíritu
 que allí llegará a revolar, qué cosa,
 entre la agua sin fondo
 i el espacio sin fin, es mas sombría,
 i si aqeste horror hondo
 formado de estupor, ceguera, i ruido
 es de la noche inmensa
 • del inmenso piélago nacido.

Del golfo en medio dó solloza el aire
la vista algo distingue que allí a flote
informe se mantiene i horroroso,
un grande cachalote
muerto de férreo casco, no se sabe
cual cadáver del mar en la corriente;
un huevo de titan con que hecho habria
el mortal una nave.
Nada, voga, bucea; fué un navío;
la espuma de albos grupos
trozos de siete mástiles descubre
con gran rüido i cubre;
tumbado sobre el vientre, este coloso
se sumerje, huye, nada, reaparece,
como un sueño se mece;
caos de destrozados
aparejos, de obenques i de vigas;
un espectro de brazos derribados
victo el palo mayor semeja; pasa
el oleaje al través de esta rüina;
el agua se amotina
i a lo largo revienta
del filarete aullando,
i, en el destilamiento formirable
de los puentes, los garñios atormenta
i los cabos del cable;
del navio a los flancos la furiosa
marejada saquea insanamente
las trincas de una caja, do algun dia
dió vueltas una rueda pavorosa;
nadie; la nada fria,
absorta i silenciosa;
cañones espantosos,
tienden sus cuellos fúnebres, mohosos;
los agujeros tiene el entrepuente
en do se alzan los restos
de cinco negros tubos semejantes
a clarines gigantes,
de rayo antes colmados,
i quienes al presente,
retorcidos, plegados,
abiertos i apagados
tienen tan solamente
sobre las aguas que los mece un vómito
tenebroso de noche i de silencio;
roda i codaste a cada golpe, como
con cepillo, denuda

el flujo i el reflujo, i en la lama
 se vé bregar el lomo
 de máquina diforme i misteriosa.
 Rueda esta masa bajo el agua, **oscuro**
 fantasma. Este navio, de seguro,
 hierva putrefacciones,
 en innúmeras olas estraviado;
 encima torbellinos
 de pájaros marinos,
 i en la sombra, debajo, de pescado
 carnívoro millones.
 Mezclan, aceros líquidos, las olas
 sus lívidos, monstruosos remolinos
 al derredor. ¡Desiertos
 espacios, bajo espacios vácuos, yertos
 ¡Oh triste mar! ¡Sepulcro dó parece
 todo vivaz! Los dos batalladores
 hechos de rabia i viento,
 en lid, la cabezada que babea,
 i el balance que ahuma,
 sobre esta balsa fúnebre en la bruma
 arrancan sin descanso, a cada instante,
 en su negra pelea,
 del entrepuente un trozo i de la quilla.
 De momento en momento,
 en el cenit se hiende
 una nube, i descende
 de allí lúgubre día, i, amarilla
 una lumbre en la prora,
 que de austro al soplo tiembla, esta palabra
 apenas esclarece:
 "Leviatan." Desparece
 despues la aparición en el profundo
 ponto. Todo pasó. Leviatan: esto
 es el antiguo mundo,
 en su atroz fealdad, desmesurado
 i áspero: Leviatan, allí el pasado
 entero yace, enormidad, horrores.

*

El siglo último ha visto sobre el Támesis
 crecer un monstruo, a quien agua sin límite
 se prometió, i el cual por largo tiempo,
 de los mares Babel, a Londres tuvo
 en la sombra los ojos levantando
 al pié de su astillero. I espantoso
 mezclando siete mástiles a cinco

chimeneas que al golpe de las olas
desenfrenadas relinchaban, hombres
diez mil llevando, hormigas esparcidas
en sus flancos, al ruido de mujientes
aquilones, alegre, en la tormenta
este titan se enderezó; su mástil
el remate pasaba de la cúpula
de San Pablo; el sombrío humano espíritu
en su cómbes de pié, dejaba inmóvil
a la mar que era únicamente un lago;
el viejo océano a quien la sonda enoja
al traves del cristal de su onda, inquieto
contemplaba del hombre engrandecerse
el navío; un viandante fué terrible
este navío en la onda; tiritaban
al tenerle las olas en su grupa;
sus troneras mujian; en sus perchas
a guisa de chalupas suspendia
dos buques; era su armadura torva
fabricada con todos los metales;
a su vela mayor un prodijioso
cable orlëaba; cuando andaba, humeando,
gruñendo, a toda vela, al pavorido
aire arrojaba un estertor que el agua
toda temblaba, i en sus ruidos a este
enorme i sonoro movimiento
la inmensidad contaba; discurría,
por la noche, cual rojo meteoro;
amuras, gávias, calabrotes, cárcel
de los murmurios i los vientos eran,
i lo era su velámen, dó la lucha
oía de los soplos el oído,
sufriendo ese aparejo cual un basto;
tenia su ancla el peso de una torre;
estrecho hallando todo puerto, ansiaban
sus costados las olas; desde léjos
humillaba su sombra a toda proa;
su bocina un telégrafo era; al triste
mar sus ruedas forjaban cual martillos
enormes; resbalaban los oleajes
cual pedestales dó un triunfal coloso
sereno ondularia; en su lijera
pesadez el abismo se abreviaba;
estaba cerca de él todo lejano
país; su arboladura apercibia
Madera; le entrevía en su vislumbre
polar Hekla. En su cólera el combate

sobre él trepaba. Era sagrada entonces la guerra i santa; se igualaba solo Nemrod a Attila; sobre sí sintiendo los humanos pesar, desde los días primitivos del mundo, a la infecunda miseria, i a las pestes, i a los lúgubres i burlescos azotes, i buscando algun arbitrio de amenguar sus males, de establecer un equilibrio justo entre sí, i ser mejores, mas felices, mas grandes, i mas libres, i mas dignos del puro cielo que alumbrarles quiere entre ellos devorarse imaginaron. Prestábales ayuda en su tarea el siniestro navío. Con sus alas de llamas el océano cubria, como dragon pesado i ágil como culebra; cuándo el crecimiento horrible de la humareda se arrastraba sobre el azul horizonte se espantaba la tierra, porque aquese era un ejército i una ciudad; hormigueaba toda la empavesada suya con afustes, morteros, i de tropas confundidas con un erizamiento; amenazaban sus cloques, i en los puentes, monstruosos rollos de járcia, se veía, listos para los abordájes, semejantes a adormecidas boas; invencible, solo, el encuentro de una armada entera, él afrontaba, cual de jáuria en medio un elefante; la andanada humeaba cual incienso a sus piés; las impotentes balas sus flancos se tragaban; iba todo moliendo en la refriega oscura, i cuando él disparaba tremebundo sus baterías llaméar veíase su colosal baupres, enrojecido súbitamente por dos mil cañones. Al austro, al flujo, al rayo despreciaba, i a la bruma. En su prora daba vuelta en un caos de espuma, cierta clase de barro capaz de hacer taladros al infinito. El Málstrun só su quilla plana se apaciguaba. Era un incendio su existencia interior; llama abreviada o acrecida a merced de su piloto;

en el antro de dó salia el suyo
 inmenso movimiento, en el hondura
 de una fragua se via vagamente
 a tenebrosos seres por las nubes
 de chipas caminar, entre las brasas
 removidas; i un báratro tenia
 en su bodega. Vogaba él, del golfo
 rei, i sus vergas férreas, so el sublime,
 tremendo cielo, parecian cetros
 colocados a lo ancho del abismo;
 como al Etna se vé, tal a este buque
 se veia; era de la mar la errante
 montaña; mas las horas, i los dias,
 los meses, i los años, estas ondas
 han pasado; el océano ha rujido,
 por la borrasca oscurecido i niebla,
 entre ambos mundos, vasto; la mar tiene
 sus escollos ocultos, i así el tiempo;
 i, en las profundidades formidables
 bajo los buitres, quienes son las moscas
 del abismo, debajo de la nube,
 a merced de los soplos, en olvido
 del infinito, cuya sombra horrible
 es el repliegue, sin que nunca el viento
 en torno de él se aduerma; rueda hoi dia
 el enorme mostrenco de las negras
 olas en medio.

*

El mundo antiguo, el cúmulo
 extraño i sorprendente
 de hechos sociales, muertos al presente
 i podridos, de donde salió un dia
 este bajel sobre la espuma, el mundo
 antiguo, tambien, él, en la amargura
 sumerjido, tenia
 a todos los azotes por tifones
 i por vientos. Broncínea arquitectura
 con honda gradería,
 sobre la cual el mal, vil ola baba
 infame gargajeaba,
 lleno de humo, i movido por una hidra
 de llama, El odio, a este
 navio funeral se asemejaba.
 Con su fúnebre sello
 le habia el mal marcado.
 Ese mundo, cercado
 de brumas eternas, fatal era;

la esperanza plegado
 habia su ala; no unidad; divorcio
 i yugo; variedad de lei, de mente
 de lengua, de ciudad; ningunos lazos,
 haz ninguno; el progreso solitario,
 cual cortada serpiente
 se torcia en la tierra,
 sin poder del esfuerzo los pedazos
 unir; acorralando por la muerte
 a los pueblos, de un circo de fronteras,
 la esclavitud, los encerraba al fondo
 en dó los custodiaban, estas fieras,
 la Guerra i Noche; i el Adan jermano
 contra el Adan eslavo combatia;
 era el linaje humano
 en Roma, en Francia, en Lóndres i en América
 distinto; i el mortal desconocia
 al mortal mas allá de un breve puente;
 se arrastraba el viviente
 cargado de ignorancias i de vicios;
 i, de todo al traves, supersticiones
 i preocupaciones,
 eran amurallados edificios,
 cuanto mas sacros tanto mas terribles:
 ¡Cuán negra i suspicaz era la almena
 del Corán! ¡Oprimian cual tiranos
 los textos con espadas en las manos!
 De un pueblo eran las leyes
 crimen en otro pueblo; la lectura
 un foseado, i creér era un abismo;
 eran los Dioses muros
 i torreones los Reyes;
 modos de atravesar tantos oscuros
 obstáculos no habia;
 tan luego como alguno pretendia
 crecer, con la barrera
 de algun bárbaro dogma se topaba,
 o de costumbre fiera;
 i en cuanto al porvenir, encaminarse
 hácia él prohibido era.

*
 Sopló del infinito en ese mundo
 el viento. I zozobró. De lo profundo
 de los inaccesibles
 cielos, los moradores
 del éter, i los seres invisibles

confusamente, entonces, esparcidos
 só el firmamento oscuro,
 pensativos, miraban fijamente
 su desaparicion en las terribles
 noches. ¿Qué ha hecho el Simöun del grano
 de arena? ¡Fué! Pasó!! No hai aquí nada.

*

Ese mundo murió. ¡Mas qué! ¿El humano
 murió tambien? ¿Su forma
 desapareciendo, al eternal enigma
 el mismo la llevó? Yace el océano
 desierto. Ni una vela,
 a lo léjos. Testigo solamente
 de la ola es la ola.
 Ni un esquife viviente
 deja sobre las olas larga estela
 dó la gaviota los perfiles mira
 rodar de Leviatan. ¿El hombre acaso
 fuése a las sombras cual follaje yerto?
 ¿Es por ventura muerto?
 El flujo i el reflujo solo pasa,
 i vá, i viene, i repasa.
 I el ojo, para hallar al hombre ausente
 del espacio, allá abajo en valde mira.
 Nada.

Mirad a lo alto de la frente.

(Conclúira.)

EL CONDE DE CARMAGNOLA

(Traduccion de Manzoni)

CORO

Se oye el son de la trompa a ese lado,
 Al opuesto, otro son se le junta;
 Tiembla en ambos el suelo pisado
 Por caballos i jente de a pié.
 Un pendon en el aire despunta,
 Otro allá, desplegado, se mece;
 Un ejército en línea aparece,
 Marchar otro a su encuentro se vé.

SUD-AMERICA

REVISTA CIENTIFICA I LITERARIA

SANTIAGO, AGOSTO 10 DE 1873

LA INSTRUCCION DEL PUEBLO

POR E. DE LAVELAYE

(CONTINUACION)

CAPITULO II

LA INTERVENCION DEL ESTADO EN LA ENSEÑANZA PRIMARIA ES IN-
DISPENSABLE

¿Es justo, es útil, que los poderes públicos, obrando por medio del impuesto,—Estado o comuna, poder central o administracion local,—intervenga en la instruccion?

A esta pregunta dos grupos de hombres cuyo número, es menester confesarlo, tiende a aumentar desde algun tiempo; han respondido sin vacilar que esa intervencion era no solo inútil, sino perjudicial. Son por una parte los economistas a todo trance, que creen resolver todos los problemas de organizacion social por el monótono estribillo de *dejad hacer*; de otra parte, los católicos retrógrados que no ven salvacion para la sociedad sino en su completa sumision a la Iglesia, i que se llaman habitualmente clericales.

Los primeros, considerando a la sociedad como emancipada i al individuo como mayor, rechazan todo lo que puede contrariar la accion de la competencia, segun ellos soberana; los segundos miran el Estado como incapaz de profesar doctrinas, puesto que no tiene ni puede tener, dicen, ni certidumbre, ni relijion, ni ciencia.

Por especiosas que parezcan estas objeciones de los liberales

VIJESIMO SIGLO

ALTA MAR

(Lectura hecha en la Academia de Bellas Letras)

(CONTINUACION)

PURO CIELO

II

En las profundidades
 léjos, de la ola i de las noches fuera,
 en un apartamiento
 de nubes, que consiente
 encima ver del líquido elemento,
 la celeste alegría,
 aparece confuso i vago un punto;
 este se mueve en el espacio i viento;
 es vivaz; vá, descende, sube; él hace
 cuanto a su idea place;
 se acerca, toma forma, llega; es una
 esfera; es una nave
 inesplicable i sorprendente, una ave
 como el águila, i globo como el mundo;
 es un navío en marcha. ;Mas, en donde?
 en el éter profundo.
 ;Quimera! Ver se crée de una cima
 un pedazo cernerse. ;Se ha prendido
 bajo el orbe estrellado
 alas de una montaña a lo subido,
 i el vuelo de repente ha desplegado?
 ;Háse la nube errante convertido
 en un bajel, habiendo alguna hora
 inmensa en los destinos resonado?

¡La fábula aparece
a nuestra ilusa vista?
¡El viejo Eolo ahora
echó su odre a los vientos?
¡De manera que en este golfo en donde
las tempestades nacen, de repente
domeñados, los vientos la conocen!
¡Por suerte del relámpago se ha hecho
el imán ayudar para un esquife
celestes construir con aire? ¡Acaso
de lo alto de los diáfanos azules
viene como visita?
¡Es un transfigurado
que parte i resucita,
que sube de la tierra libertado,
sobre volante carro conducido
de claridad i de éxtasis formado,
i un poco por momentos se aproxima
para que vean de la negra sima
del mundo, la partida de su gozo?
No es pedazo de altura;
ni de rayo retozo,
ni el odre que en clausura
guardaba de la fábula los vientos;
no un fantasma llegado
de las profundidades aurorales
del domo; no el radiar de ángel que marcha
hácia Jehová de abierta tumba alzado.
I ni nada de aquello cuanto nombre
el sueño, o de la fiebre el desvarío.
¡Qué cosa este navío
imposible es? El hombre.

¡La insurrección injente
a Dios obedeciendo!

¡Santa llave maestra
del golfo azul fatal! Isis rompiendo
su velo locamente!

¡La madera, metal, cáñamo, tela,
 la pesantez liberta i revolando;
 la fuerza aliada al hombre centellante,
 activa, arrebatando
 a su cadena perennal la arcilla;
 la materia altanera i venturosa,
 el humano huracan teniendo en ella,
 i cerniéndose en medio la espaciosa
 sorpresa de los cielos ora abiertos.
 ¡Audacia humana! Esfuerzo del cautivo!
 ¡O sacrosanto enojo!
 Empuje en fin mas fuerte que el cerrojo!
 ¿Qué necesita el ser átomo de ancha
 frente para vencer lo que carece
 de fin, fondo, i orilla,
 para domar espumas, avalancha,
 i al viento, tromba? En la celeste esfera
 un lienzo i sobre el mar frágil madera.

*

El furor de los vientos cardinales
 ántes triunfaba; de estos cuatro potros
 desbocados, el hombre su cuadriga
 de tiro ha hecho; injenio, los corrije
 bajo sus manos; altanero auriga
 del carro aéreo que marchar el éter
 mira; milagro, él un prodijio rije.

¡Maravilloso carro! El há por nombre
 redencion. Corre. Cerca de él es lenta
 la paloma torcaz, pesado el ampo;
 i la pantera, i gavilan, i gama,
 cuando su sombra ya pasó, en el campo
 aun yacen; es reptil locomotiva,
 i gusano, bajo él, la hidra de llama.

Una música, un canto se desprende
 del torbellino suyo. Sus cordajes
 vibrantes, llenos de aquilon semejan

en el vacío dó todo pierde asiento,
 una lira al traves la cual se alejan,
 por instantes, las almas al profundo
 cielo, i mezcladas de la sombra al viento.

Porque es el aire el himno derramado; I
 entre escollos de nubes que se enrollan
 en convulsivos grupos, éste lanza
 ahogadas voces; el azul, el fluido,
 el elemento, i el efluvio, alcanza
 una armonía dó erra vagamente
 triste Orfeo que nadie ha conocido.
 Soberbio con un himno en su aparejo
 se cierne; del progreso ver se cree
 pasar la estrofa. ¡Faro a un tiempo i nave!
 Su palo arroja el hombre, i acomoda
 su cetro en fin. I se contempla al grave
 cálculo de Neuton arremontarse
 cabalgando de Píndaro en la oda.

El vacilante carro voga; se hunde
 en el aire, en el terso e impenetrable
 deslumbramiento, i en el éter raro
 i sin arruga; piérdese del cielo
 demesurado só el turquí; del claro
 cerúleo los espíritus contemplan
 esta absorcion espléndida hechos hielo.

Pasa, no existe allí; ¿qué de él ha sido?
 En lo invisible está i en lo ignorado;
 baña al hombre en el sueño i en la lumbre,
 i en lo veraz profundo, i en el hecho,
 i en el inmenso océano de la cumbre
 lleno de una verdad de la cual una
 negra mentira el sacerdote ha hecho.

El día nace, marcha; muere el día,
 marcha; formado para el día, bebe
 la noche. Ved aquí la hora que alienta

inmensurables fuegos; la hora cuando
del nadir visto, el globo representa
un enorme cometa de hosca sombra,
como alto, oscuro, sobre sí flotando.

Llena al lejos los aires la terrible
bruma. Como se mira en el crepúsculo
del ponto al largo, vago como ensueño
ir i venir del mar a las riberas
al pescador, llevando, último empeño
de un largo día de sudor, su nasa
dó hacen los peces pálidas lumbreras.

Así desde la hondura de ignorados
golfos, la Noche alza su red en donde
reluce Marte, en donde Vénus dora
i esta red crece, sube, el cielo íntegra
nocturno, miéntras suena hora tras hora,
i las constelaciones en sus mallas
de sombra tiemblan i en su randa negra.

El aereoscafo siguió su camino;
no teme de las noches las celadas,
ni del aere vapor, ni del cielo hondo
dó nada vive, en donde de repente
luchando entre ellos de la sombra al fondo,
en hórrido nublado los relámpagos
abren cavernas de metal candente.

En las noches inventa oscura senda;
el silencio espantoso de esos sitios
inauditos no pára al globo en via;
él pasa, en sí llevando al universo
• i al humano; ¡Paz Gloria! I hoi en día
el aire, como el agua en tiempo antiguo,
vé la arca encima de su oleaje terso.

Con la certeza i rapidez del dardo;
buscando al blanco conducida corre

la santa nave por el viento; cosa
 de allí no cae, i sin embargo avanza
 sembrando; vientre de ave terrorosa
 su redondez semeja, que allá arriba
 confusamente a distinguir se alcanza.
 Voga; disueltas bajo de él ondean
 las neblinas; contemplan sus pilotos
 inclinados, debajo de la nube
 donde la ancla se arrastra, sí, la sierra
 del Monte Blanco o de otro bajo, sube
 a golpear su carena, entre la sombra
 dó se confunde el aire con la tierra.

La vida está en el puente
 del navio luciente.
 La vislumbre le envió, la luz le aguarda.
 El hombre allí hormiguea,
 e invencible llamea;
 no hai armas; de contento
 i de poder fiero rumor campea:
 ¡De exploracion vertijinoso el grito!
 ¡El corre, sombra, claridad, quimera,
 i aparicion! ¡Mirad miéntras él pasa,
 el vá tan a carrera!
 Como de un sol al derredor gravita
 un sistema, una esfera
 de cobre enorme impulsa el movimiento
 de cuatro globos que entre sí suspenden
 un vasto pavimento;
 ella respira i huye por el viento
 que la mece; ancho i albo
 un mastelero horizontal, que hienden
 escotillones, a merced del freno
 cerrándose i abriéndose, le forma
 un gran diafragma a su pulmon de bronce;
 como el corcho al oleaje
 a la nube se ahorma;
 la tela araña humaha, gran celada
 de nudos i cordaje,

un encabestramiento
 de válvulas que mueve
 un cable do iman corre, una emboscada
 de cábricas, cabrestantes i garruchas
 agarra de pasada
 i a todos los alientos atarea
 entre arcos-iris, hálos i serenos,
 con hombres i con fardos escombrada,
 la nave voltejea,
 i tiene su jornada
 madeja que sin fin devana, al aire
 por su punto de apoyo, i al vacío
 por su motor; bajo del piso, un cáos
 se estiende regular en gradería
 de puentes fluctuantes
 que una escalera tembladora lia;
 es aqueste navío
 un extraviado Lubre con su fasto;
 un hilo allí le guia;
 el huye, altivo, rápido, tan vasto,
 tan colosal, al viento del injente
 abismo reluciente,
 que el Leviatam, en mar rodando amarga,
 el aire de su bote sumerjido
 en las tinieblas tiene, i él, debajo
 del triunfador volido
 de una águila, parece
 un pobre escarabajo
 retorciéndose en la ola que le carga,
 en tanto que se mece
 inmensa al fondo de un eden el ave.
 Si reabrir se pudiera la roída
 vista por los gusanos ¡oh! esta nave
 por la cifra i el sueño construida
 a Eulero arrebatara,
 i a Shakespiare deslumbrara!
 Viaja del aire gigantesco Délos,
 i nada le repele, ni rehusa,
 i se oye hablar a su gran voz cenfusa

La tormenta aparece
 por momentos, el cielo empalidece,
 el austro, de los aires sublevando
 las olas, llena con espumas fieras
 de nubes el espacio. ¡Mas qué importa
 al esquife de un ponto sin riberas!
 Solamente, marchando
 sobre su ala se enhiesta;
 al abismo nefando
 grande se manifiesta,
 i doma tiritando
 a la tromba que se abre. Conducido
 al horror tenebroso
 por los almos espíritus austeros
 de los Leibnitz, los Fulton i Keplers,
 se le diria, i, en el cáos henchido
 de sombras, de relámpagos, de rayos,
 i de detonaciones, ver se crée
 de un mundo en un abismo, la negra ira.

*
 ¡Qué importa la estacion, i qué el momento!
 La bruma a los Saturnos i Mercurios
 en horizonte puede macilento
 ocultar; cierzó en las pesadas nubes
 gruñendo en todas partes, i llevando
 a la lluvia de crines esparcidas,
 torcer puede a la hidras tenebridas.

¡Qué importa! El marcha. Todo soplo es bueno;
 Maestrae! Sinmoun! Huyó la Tierra
 al pozo sideral. I sobre el trueno,
 i el insano huracan i cruel granizo,
 dejando al globo abajo entre la sombra,
 se ignora dó, de la urna só la ruina;
 al misterio nocturno se avecina.

Intrépido a las ondas se confia
 del viento; el ala abierta, prora avante

se lanza, i sube, i sube, i todavía
remonta mas allá de la alta zona
en dó se desvanece todo, como
si a la profunda noche se marchara
en la persecucion del alba clara.

Tranquilo sube, dó jamas nublado
trepó; se cierce en la inaccesa altura
de la serenidad, en faz hallado
de la vision de las esferas; éstas
allí están, cada cual fuego de un golfo,
el misterio radioso consumado,
por la luz el enigma atestiguado.

El Orion resplandece, así chispea
Andrómeda; el enjambre prodijioso
de las Pléyades crece; centellea
en su nidal Arturo, de oro el ave,
abre Sirio su cráter; el horrible
Escorpion hace que al cenit enhieste
el Sajitario su pretal celeste.

El aereoscafo vé, cual dél enfrente,
a Aldebaran; en lo alto, por Cefo
deslumbrado, a Perseo, de la injente
cima escarblunco, a la polar carroza
de llameantes ejes; i mas léjos
la láctea lumbre. ¡A cielos tenebrosos,
hormiguero de abismos prodijiosos!

¡Hácia la fosca aparicion, se encumbra,
de los soles; se orienta desplegando
velas en el horror con que le alumbrá
el rojo espacio; se creyera, sobre
el éter dó se le oye desde léjos,
que aquesta nave poderosa i bella,
cantando, parte para alguna estrella!

¡Tanto sueña esta nave Zoroastros
pálidos, que sin freno de la noche
al insensato soplo, de los astros
se arroja al precipicio, nada, i entra
i cae, i rueda, i huye voladora
vertiginoso cielo atravesando,
i los terrestres mudos desatando!

*
¿En dónde, pues, el hombre sedicioso
se detendrá? El espacio,
por instantes con ojo sospechoso,
en las nubes abarca
del calcañal del hombre la honda **marca**;
la estremidad de toda arcana cosa
él tiene; incorporado
con su arcilla al abismo se desposa;
al presente aquí hélo
de lo infinito marchador. ¿En dónde
se detendrá el potente refractario?
¿A qué distancia aquel se irá del suelo?
¿Del Hado a qué leguario?
Se pierde en lejanía la escabrosa
fatalidad; deforme i espantosa
la antigua historia entera
por el nuevo horizonte huye cual humo.
Es llegada la era.
Cual Alcion i Colimbo de los mares,
posesión de los aires ha tomado
el hombre. En faz de nuestras utopías
alas teniendo impías
i pupilas creyentes,
en faz de nuestros altaneros sueños,
i ante nuestros empeños
jadeantes, pensativos, sus batientes
la oscuridad sin límite cerraba;
se ofrece al fin a jeómetras potentes
el verdadero llano;
quitando de las nieblas el aldaba,
el hombre vencedor, al oceano,

este infinito fenecido anciano,
 menosprecia. La puerta
 en su quicial sombría
 cede, i a médias permanece abierta.
 ¡Sale!

¡O profundidades! ¿Todavía
 hombre llamarle es menester? Primero
 éste trepó sobre animal de carga;
 luego en carro que en ejes se recarga;
 en barca inconsistente
 mas tarde, de ambicioso mastelero;
 despues, cuando debió precisamente
 señorear los escollos, i la lama,
 las ondas, i huracan, sobre la llama
 trepó el hombre; al presente
 el inmortal a lo eternal anhela,
 trepaba sobre el mar, en cielo vuela.

Forza el hombre a la esfinge a que la lumbre
 le tenga. Jóven, lanza
 léjos de sí del viejo Adan rastrero
 el saco, i parte, i en el cielo avanza,
 que alumbrá su mechero,
 un paso semejante
 aquellos que se dan en el sepulcro;
 i hé aquí quizás que la hórrida jornada
 por fin, de un astro a otro es comenzada!

*

¡O estupor! ¿Pudo ser que se alanzase
 el hombre? ¡O Noche! ¿Pudo ser que el hombre
 forzado antiguo, que el humano espíritu,
 viejo reptil, en ánjel se tornase,
 i, rompiendo la argolla que le acosa,
 el mismo piso súbito ocupase
 con los cielos? ¿Será la muerte ociosa?

¡Oh! Atavesar el éter! ¡O espantoso
 i hermoso sueño! El promontorio enorme
 de la tumba doblar! ¿Quién sabe? Es ínclita

toda ala; el hombre alado. ¡O portentoso
 retorno! ¡Por ventura cualquier dia,
 del cabo del abismo un Gama brioso
 un Cristóbal Colon de la sombría,

Un Jason del azul, ha tiempo ido,
 de la tierra olvidado, por el cielo
 tragado, sobre las humanas márgenes
 parecerá de nuevo, suspendido
 en aqueste aguilucho, de repente,
 i, "yo llego" dirá descolorido,
 mostrando a Aliot a Orion, i a Sirio ardiente.

¡Cielo! cual negra mancha se repara
 de una sala en las bóvedas que tiñen
 las velas circulando, en las cerúneas
 pilastras, que pasó se adivinara
 un hijo de la tierra, por el hecho
 que la tea del hombre humo dejara
 de las estrellas en el liso techo.

¡Idea, no tan alto! ¡No tan léjos!
 Descendamos de nuevo... Hombres seamos,
 Adan seamos; mas no el hombre a ciegas,
 mas no el caido Adan! Cualesquiera otros
 ensueños que éste altera la que al mundo
 le cuadra especie de ideal. Nos baste
 la palabra "mejor" en todo sitio
 escrita. Sí, se levantó la aurora.

¡Oh! De repente fué, cual de locura
 i de alborozo una irrupcion, el dia
 en que despues de mas de seis mil años
 en la senda fatal, por invisible
 mano despedazada bruscamente
 la pesantez, atada de la prole
 humana al pié, quebróse, esta cadena
 todas las otras era! Voló todo—
 del hombre, i los rencores, i las furias,

las quimeras, por fin desvanecida,
la fuerza, los errores, la ignorancia,
el hambre, i las miserias, el derecho
divino de los reyes, los falaces
Dioses, el dolo, la mentira, el vicio,
las brumas, i tinieblas con los hados
antiguos se tumbaron en el polvo,
cual traje de presidio de dó se huye.

I es así que llegó la era anunciada,
la que al traves del tiempo, nube espesa,
a lo léjos delante de su vista
Táles apercibia, i Platon, cuando,
conmovido, escuchaba los cantares
i veia las danzas en los cielos
de las esferas.

Los ignotos seres
i buenos, las presentes providencias
en el azul en donde las pupilas
nunca los vé, los ánjeles que todos
los pasos del mortal observan, siendo
su sagrada mision rejir las almas,
i el atizar, con todas las hermosas
hogueras las conciencias en el fondo
de los cerebros tenebrosos, estos
amigos de los vivos, ya pendientes
sobre ellos siempre, de temblar cesaron,
i cesaron de ser, en la tormenta
i en las noches sombrías, la que llora
voz lamentable. Ved aquí azularse
a la ideal Sion. Ellos clavadas
sobre la aparicion del victorioso,
del soldado, del bárbaro cetrero
de los hombres, no tienen las pupilas.
Las vagas llamaradas en Sodomas
vertidas, del gran fuego devorante
precursoras, las lumbres que despide
el entrecejo trájico asesino,
las guerras, arrancándose con garras

inmundas las fronteras, chilpe informe
 del mundo antiguo, los latidos hondos
 del corazon de agonizantes madres,
 el robo o la emboscada en lo profundo
 de la selva, espñando, del vijía
 i de lechuza el grito, la epidemia,
 no son su eterna alarma. No se aduna
 el duelo a cuanto se oye; no se tiende
 la oreja a cada instante a la indignada
 querella del sepulcro; al campo rien
 las cosechas en donde la hecatombe
 estertoraba; no les vé el empíreo
 lagrimear ya por los recién nacidos,
 ni condenados presentir en todos
 los inocentes, i no es ya su sola
 actitud la piedad; a la sombría
 esclavitud al mimbre de las cunas
 tejer no miran sus oscuras mallas.
 El hombre encadenado, poseído
 del temblor de las cañas, reemplazado
 por el hombre sensible, fuerte i dulce
 ha sido; la funcion del cetro es hecha
 para la palma; ved que al fin ¡oh gloria!
 en su voto exaudidos, éstos seres,
 dioses para nosotros, criaturas
 para Dios, son felices, pues el hombre
 es bueno, i son soberbios, pues es justo;
 los espíritus puros, del sagrado
 empíreo enjambre, enfrente de este globo
 oscuro que se torna fulgurante,
 sangrar no sienten el amor que guardan
 en sí; reluce en su mirar sombrío
 i bello, claridad, i ya en la sombra
 el arcánjel comienza a sonreirse.

* de la victoria hacian

¿A dó vá este navío? Vá al purísimo
 divino porvenir, de luz orlado,
 a la virtud, i vá al saber que luce,
 vá de las plagas a la muerte, al vado

de la serenidad, al jeneroso
 olvido, a la abundancia, a la alegría
 al hombre venturoso;

—
 Vá el navío glorioso, a la virjinea
 relijiosa verdad sin imposturas
 ni velos; vá al amor, sobre las almas
 estrechando sus dulces ligaduras,
 i a la fraternidad, i vá al derecho,
 a lo bueno i hermoso, justo i grande,
 a la razon.....Derecho.

—
 Veis? sube a las estrellas! Al espíritu
 el espíritu, al hombre el hombre lleva.
 ¡O gloria! Civiliza. Aruina, al fosco
 pasado que se asusta lo reprueba,
 la lei de fuego i sangre desbarata,
 i espada, argolla, esclavitud, cruzando
 el cielo cual sonata.

—
A aquellos él atrae a lo verídico
 que rechazó lo falso, en la mirada
 hace la fé brillar de un Espinosa,
 i, la esperanza, de Hóbes en la osada
 frente; se cierne, ardiendo, asegurando,
 vertiendo de la aurora la clemencia
 en lo triste é infando.

—
 Allí en la noche estaban los decrepitos
 campos de lides; pasa, i al presente
 ved al dia que brilla en esos grandes
 osarios de la historia, dó, el doliente
 profundo ojo bajando, a ver venian
 los siglos la atroz sombra que ambas alas
 de la victoria hacian.

—
A ser vuelve tras de él un hombre César;
 Eden abierto, de repente, se hace
 mayor con el Esebo; están de lirios

llenas las zarzas; todo vuelve i nace;
en la vida florece lo que muerte
encorvaba, i el palo de la horca
absorto, ramas vierte.

La nube, la alba de frescores cándidos,
la ala de la paloma, i las blancuras
todas, su májia forman allá arriba;
de la fatalidad en las negruras
antiguas, detras de él, miéntras se arroja
hácia la claridad, con la vislumbre
de los infiernos roja,

En el brumoso caos que fué el prístino
mundo, dó el turco Alá su codo orilla
con la ejiptiaca Esfinje, i en la gehena
secular; en Gomorra donde brilla
humeante lago, en la floresta usente
del Mal que el ojo fijo de la rabia
alumbra vagamente,

Cäen, se secan como muertos vástagos
i se van, el voraz remordimiento
el dolor, el pecado, lamentable
perversidad, todo el vetusto i cruento
yugo, de crimen hecho i de delirio,
Aaron, Nemrod, preocupacion i guerra,
el establo i martirio.

¡Espoliadores, corruptores vánse;
i los mentidos dias en las cumbres
engañosas: i el toro que bisquea
broncíneo; la hacha, el tajo, las vislumbres
de hoguera devorante, i el maestro
enseñando el error, palo que al ciego
engañaba siniestro!

¡I aquellos que con llanto de los mártires
en vez de arrepentirse, festejaban

sonriendo a los príncipes, i aquellos
del sable adoradores que loaban
al sultan, amo universal, i quienes,
por sazonar el himno, sal cojian
del saco en truncas sienes!

Las pestes, las maldades, las flamiéras
cimeras se deshacen, i el camino
por dó marchaban déspotas, monarca
Belial, Dagon ministro, i el espino,
i de la senda el valladar ingrato
dó el hombre oye balar, del vicio viejo,
al siniestro chibato.

Donde quiera lucir a los espíritus
siderales se vé; del agorero
i del ateo el fin, i el fin del héroe,
i del monstruo se vé, i el fin del fiero
conquistador, i el término del Paria;
i lento de Dracon que se transforma
salir se vé a Becaria.

Al cordero se vé del mitológico
dragon salir, de Vénus voluptuosa
a María de célicas pupilas,
i de oprobio a la Virjen; ardorosa
plegaria se hace la blasfemia, i pura,
i el himno trapos, para azules alas,
de la vaya asegura.

¡Salvóse todo! Aplauden, en su májica
carrera al globo explorador i bello,
(gran carro extraño, que Empedócles sigue,
del fondo de los golfos, al destello
de su vista, i, del monte en la eminencia,
Prometo), la flor, del mal la ruina,
del bien la floescencia!

Nace el día en el antro donde el tético
 horror se acurrucó. Muriendo, el mundo
 decrepito i antiguo, larva de ojo
 turbio, yaciente, i viendo a su profundo
 negro cielo estrellarse, a esta júcunda
 esfera consintióle, de su boca
 volase moribunda.

*

¡Oh! Este navío emprende el sacro viaje!
 Es la ascension azul en primer grado;
 fuera, es, del vil i antiguo escombramiento
 i de la pesantez, el fundamento
 del porvenir; del hombre al fin el hado
 evadido, quien leva
 el ancla, i de la sombra sale exento!

Concluye en lo alto este navío el grande
 Himeneo. Confunde del humano
 jénero la alma a la de Dios del cielo.
 Vé i toca la insondable, es el revuelo
 del gran progreso hácia el celeste llano;
 la entrada altiva i santa
 de lo real en el fiero ideal anciano.

¡De sus pasos conquista cada uno
 lo ilimitado! Es paz i es alegría;
 su órgano inmenso humanidad ha hallado;
 Bendito vencedor, ladron sagrado
 él voga, en lo infinito cada día
 apartando mas léjos
 de dó comienza el hombre el negro grado.

Elabora el abismo; abre los surcos
 dó crecen vayas, huracan insano,
 torbellinos, silbidos, i el invierno;
 de los cielos, concordia, es el haz tierno
 merced a él; fecundador de arcano
 almo cielo, él camina
 arado de las nubes soberano.

Hace en los campos jerminal la humana
 existencia dó Dios sembrado hubiera
 solo occidentes, i albas cosechado;
 oye bajo su vuelo que el calmado
 aire hiende, crecer, temblar, dó quiera,
 a soberanos pueblos
 vastas espigas de eco dilatado.

¡Nave suprema i májica! Tan solo
 marchando ella ha trocado por un canto
 puro i alegre de la tierra el grito,
 razas marchitas remozó, ha prescrito
 segura senda, órden veraz, ¡Dios santo!
 i entrar hizo en el hombre
 tanto azul que las patrias ha proscrito.

Una ciudad al hombre edificando
 con cielo, con lo inmenso un pensamiento,
 las viejas reglas abolió; ella torna
 en un nada las torres, i trastorna
 las montañas; i al pueblo, rudo i lento
 viajero, de las águilas
 pone en la comunión, con lucimiento.

La mision tiene divinal i casta
 de formar solo un pueblo en el altura,
 a la vez el postrero i el primero,
 de pasear su remonte en el venero
 de resplandores, i de hacer que pura
 la libertad se cierna
 en la luz, ébria del empíreo entero.

P. L. G.

Leyenda de los siglos de V. Hugo.
